

## Concédeme la gracia de seguir tu Ley

“Aparta de mí el camino de la mentira  
y en tu misericordia concédeme tu Ley”  
(Salmo 119:29).

1<sup>o</sup>  
diciembre

En el Salmo 119, David canta el valor que tuvo la Ley de Dios en su vida. Gracia y Ley aparecen juntas en este texto. En la antigua alianza, los hombres no eran salvos por la observancia de la Ley, y en la nueva alianza tampoco lo son por la gracia sin la Ley. Ley y gracia han intervenido siempre en el proceso de la salvación, cada una cumpliendo su función.

La función de la Ley es dar a conocer el pecado, desarrollando en el hombre el sentimiento de culpa. Es lo que Pablo llama estar “bajo la Ley” (Gál. 4:5). Pero, además, la Ley muestra la imposibilidad de los esfuerzos humanos por guardarla y, al acusarnos, se convierte en un agente de condenación y muerte; es vivir bajo la condenación de la Ley. De este modo, este ideal inaccesible y a la vez obligatorio nos arroja, suplicantes de perdón y ayuda, a los pies de Cristo, convirtiéndose en “nuestro guía para llevarnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe” (Gál. 3:24).

La Ley no nos puede salvar por sí misma. Pretenderlo es confundir el remedio, tan inútil como el empleo en fricciones de un medicamento que debe ser ingerido. La Ley revela la magnitud del pecado, pero entonces entra en función la gracia (Rom. 5:20, 21). La gracia perdona nuestras faltas, se posesiona de nuestra voluntad, despierta nuestra gratitud y amor a Dios, y se convierte en una fuerza interior nueva que nos libera del pecado y de la condenación de la Ley. Es lo que Pablo llama estar “bajo la gracia” (Rom. 6:14) estableciendo en nuestro interior la Ley de Dios.

Pretender ser salvo por gracia olvidando la Ley es confundir peligrosamente el remedio; ingerir un producto de aplicación externa puede resultar letal. David lo sabía; por eso, ruega a Dios: “Concédeme tu Ley”. Ahora ya no estamos *bajo la ley*, estamos *bajo la gracia*, pero más que nunca con la Ley: “Establecer la ley, he aquí la obra por excelencia, he aquí el milagro del evangelio. ¿Qué es un cristiano? Es un hombre en quien la ley ha sido establecida, es un hombre que ama desde ahora toda la voluntad de su Dios, en otros términos, es un hombre que ha nacido de nuevo” (Agenor de Gasparin, *Paroles de verité*, pp. 7, 8).

En esta ocasión, suplica la gracia de Dios para vivir conforme a los principios de la Ley de Dios.

## ¡De ninguna manera!

“Luego, ¿por la fe invalidamos la Ley?  
 ¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos la Ley”  
 (Romanos 3:31).

En sus polémicas con los judaizantes, Pablo procura que no le interpreten mal en relación con el lugar que ocupan la Ley, la fe y la gracia en la salvación. El apóstol, usando el estilo socrático de hacer preguntas didácticas que tienen respuestas negativas obvias, introduce sus tesis teológicas aclaratorias con una expresión enfática que contradice y niega las formulaciones de las preguntas: “¡De ninguna manera!” Esta negación es contundente y no se presta a malentendidos. Pablo la usa catorce veces en sus epístolas, siempre después de una frase interrogativa y todas, menos una, en Romanos y Gálatas. Además de los dos textos iniciales encontramos entre otros: “¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? ¡De ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Rom. 6:1, 2); “¿Qué, pues, diremos? ¿La Ley es pecado? ¡De ninguna manera! Pero yo no conocí el pecado sino por la Ley” (Rom. 7:7); “Entonces, ¿la Ley contradice las promesas de Dios? ¡De ninguna manera! Porque si la Ley dada pudiera vivificar, la justicia sería verdaderamente por la Ley” (Gál. 3:21).

Entonces y ahora el lugar de la Ley, las obras, la fe y la gracia en la salvación, ha sido objeto de debate y encendidas polémicas. Lutero se levantó con el mensaje de la justificación por la fe (*sola fide*) frente a la salvación por los méritos, del papado. Algunos de sus discípulos entendieron la Ley como opuesta absolutamente al evangelio, otros grupos hicieron depender la salvación de la fe y la obediencia evangélicas. En todo caso, algunos siguen colocando la Ley frente al evangelio. Pues bien, frente a todos estos malentendidos teológicos que traicionan la verdad, Pablo sigue diciendo: “¡De ninguna manera!”

“La educación, la cultura, el ejercicio de la voluntad, el esfuerzo humano, todos tienen su propia esfera, pero no tienen poder para salvarnos. Pueden producir una corrección externa de la conducta, pero no pueden cambiar el corazón; no pueden purificar las fuentes de la vida. Debe haber un poder que obre desde el interior, una vida nueva de lo alto, antes que el hombre pueda convertirse del pecado a la santidad. Ese poder es Cristo. Únicamente su gracia puede vivificar las facultades muertas del alma y atraer esta a Dios, a la santidad” (*El camino a Cristo*, p. 18).

Suplica hoy al Señor su poder para transformar tu vida y concederte el don de la obediencia a su santa Ley.

## El hundimiento del Titanic

.....

“Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga”  
(1 Corintios 10:12).

3

diciembre

El 15 de abril de 1912 el Titanic naufragó en medio del Atlántico tras chocar con un iceberg. Se llevó consigo mil quinientas vidas. Solo hubo setecientos cinco supervivientes. La colisión se produjo imprevisiblemente por el costado derecho originando un agujero de 75 a 90 metros; dos horas y cuarenta minutos después, fue tragado por el océano. Los restos del navío, considerado por la tecnología de la época como insumergible, reposan a 4.000 metros de profundidad como testimonio espectral de un exceso de confianza.

Una organización de consultores sobre gestión empresarial, Hay Group, extrajo diez lecciones de la tragedia del Titanic que yo quisiera resumir aquí en cinco principios aplicables a los que navegamos en este mundo de tormentas, escollos y peligros, con dirección al puerto de salvación:

1. *La arrogancia tiene un precio.* “¡Insumergible!”, dijeron los armadores. Hasta blasfemias se pronunciaron desafiando a Dios. La humildad, la dependencia de Dios, son siempre buenas y nos protegen.
2. *La experiencia puede llegar a ser peligrosa.* El capitán del Titanic, Mr. Edward J. Smith, realizaba su última travesía antes de jubilarse. En su historial no figuraba ni un solo accidente; pero, seguro de sí mismo, aquel día no tomó en consideración los radiogramas que avisaban de la presencia de icebergs en la zona.
3. *Lo más peligroso no se ve.* El iceberg impactó bruscamente por debajo de la línea de flotación. Las dimensiones reales del mismo no eran visibles. A menudo, los mayores peligros que amenazan la vida espiritual no son perceptibles y, a veces, irrumpen con gran violencia destruyéndonos.
4. *El cumplimiento de las normas no siempre es suficiente.* El barco había pasado todas las inspecciones reglamentarias. Pero en el momento del naufragio, constataron con horror que el número de botes salvavidas exigido era insuficiente. Llenando todos los botes solo la mitad de los pasajeros y tripulación podían ser puestos a salvo.
5. *Los momentos difíciles son una prueba de nuestra lealtad.* Las tres cuartas partes de la tripulación pereció en el naufragio. Estuvieron ayudando a los pasajeros. Es en los momentos de seria dificultad cuando mostramos nuestra lealtad. A veces, es necesaria una crisis para descubrir nuestra verdadera condición.

Cuidado con el exceso de confianza. Pide hoy al Señor que te ayude a ser humilde.

4

diciembre

## La compra de una perla preciosa

*“También el reino de los cielos es semejante a un comerciante que busca buenas perlas, y al hallar una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía y la compró”*  
(Mateo 13:45, 46).

Un día, en la congregación adventista de Zaragoza (España), apareció Víctor, el cual pertenecía a una familia muy católica, de buena posición económica y con un alto cargo en la delegación provincial del Ministerio de Fomento. En su casa, una jovencita adventista servía como doméstica y Víctor, que era un joven inquieto, un “buscador de buenas perlas”, quiso saber acerca de la fe singular de aquella chica que no trabajaba el sábado, entonces supo de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Pasó mucho tiempo, Víctor se casó, se trasladó a Zaragoza y aguijoneado por el recuerdo de la jovencita que trabajaba en casa de sus padres, decidió visitar la Iglesia Adventista. Así fue como lo conocí. Recibió estudios bíblicos y descubrió la perla preciosa que buscaba. Entonces, comenzaron los problemas: su esposa le dio la espalda y, mal aconsejada por su consejero espiritual, acabó con el matrimonio. En su trabajo no le permitieron descansar el sábado y fue despedido. Por si fuera poco, dejó de ser para muchas de sus amistades un hombre honorable. El precio que debía pagar por poseer aquella “perla preciosa” era muy alto, pero él no dudó. Aceptó la verdad, compró la anhelada perla, “vendiendo” todo lo que hasta entonces había tenido: matrimonio, familia, amistades, posición social.

“Hemos de buscar la perla de gran precio, pero no en los emporios del mundo y por medio de los métodos mundanos. El precio que se nos exige no es oro ni plata, porque estas cosas pertenecen a Dios. Abandonad la idea de que las ventajas temporales o espirituales ganarán vuestra salvación. Dios pide vuestra obediencia voluntaria. El os pide que abandonéis vuestros pecados. [...] Hay algunos que parecen estar siempre buscando la perla celestial. Pero no hacen una entrega total de sus malos hábitos. No mueren al yo para que Cristo viva en ellos. Por lo tanto no encuentran la perla preciosa. No han vencido la ambición no santificada y el amor a las atracciones mundanas. No toman la cruz y siguen a Cristo en el camino de la abnegación y de la renunciación propia. Casi cristianos, aunque todavía no totalmente, parecen estar cerca del reino de los cielos, pero no pueden entrar. Casi, pero no totalmente salvos, significa ser no casi sino totalmente perdidos” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 89).

¿Qué estás tú dispuesto a dejar con tal de obtener la perla de gran precio?

## Maravillosismos

.....

*“Cosas que ojo no vio ni oído oyó  
ni han subido al corazón del hombre,  
son las que Dios ha preparado para los que lo aman”*  
(1 Corintios 2:9).

5  
diciembre

Este versículo se ha aplicado con frecuencia a las bendiciones que rodearán a los redimidos en los nuevos cielos y la nueva tierra y, sin lugar a dudas, que la sabiduría humana, con sus limitaciones, es incapaz de describir cómo serán las cosas celestiales. Pero el contexto inmediato tiene que ver también con el presente, con el aquí y ahora. Tiene que ver con la comprensión de la obra maravillosa que Dios hace con aquellos que deciden introducirse en el “taller-laboratorio” del Espíritu Santo, los frutos de su gracia y de su amor, la conversión, la transformación del carácter. Es el milagro de los milagros, la prueba más evidente del poder del Espíritu Santo en los corazones humanos preparando el reino de gloria futuro y realizando el reino de gracia actual.

He calificado la fenomenología de la obra de la conversión de “maravillosismos”, un neologismo no aceptado por la Real Academia de la Lengua que se podría definir como la palabra “maravilla”, es decir, como un suceso extraordinario que causa admiración, pero añadiendo matices tales como imprevisto, inaudito, impensable... Los “maravillosismos” se dan en un contexto de fenómenos sorprendentes, extraños, asombrosos, incluso inexplicables para quienes son testigos de los mismos. Es un término mucho más enfático y descriptivamente más fuerte que la palabra “maravilla” de la que procede. Parece que empezó a usarse en el siglo XVII en el cual, según las crónicas de la época, ocurrían frecuentes hechos portentosos que alimentaban las fantasías, el espíritu desorbitado de aquella sociedad exaltada del barroco.

Dice Frédéric Godet: “Al reunir estos tres términos ‘ver’, ‘oír’ y ‘subir al corazón’, el apóstol quiere designar los tres medios de conocimiento natural: la vista, o la experiencia inmediata; el oído, o el conocimiento por vía de tradición; finalmente, las inspiraciones del corazón, los descubrimientos de la inteligencia propia. Por ninguno de estos medios el hombre puede llegar a la concepción de los bienes que Dios le ha destinado” (*Commentaire sur la Première Epître aux Corinthiens*, t. 1, p. 132).

Únicamente por la fe y la iluminación del Espíritu Santo podemos llegar a ser capaces “de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios” (Efe. 3:18, 19).

6

diciembre

## Vivir corre prisa

.....

*“Todo lo que te venga a mano para hacer, hazlo según tus fuerzas, porque en el seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo ni ciencia ni sabiduría”*  
(Eclesiastés 9:10).

Cuando estaba por cumplir 73 años, sufrí un infarto de miocardio y, aunque fui atendido inmediatamente y el corazón no sufrió apenas necrosis, el cateterismo que me hizo un hemodinamista reveló que mis arterias coronarias estaban enfermas, por lo que me tuvo que implantar cuatro estents. En mi caso, hay un factor genético de riesgo evidente. Mi padre falleció a los 62 años víctima de una cardiopatía congénita, mi hermano mayor murió también por dolencias cardíacas reiteradas a los 77 años y, dos meses después de sufrir yo el infarto, lo tuvo mi hermano menor. Esto me hizo afrontar el problema de la muerte con un realismo y una eventual inmediatez como nunca antes lo había experimentado. ¿Sentí miedo por ello? Si he de ser absolutamente sincero, no sé lo que es el estremecimiento del miedo a morir.

Miedo, no; pero sí he tenido y tengo serenas reflexiones acerca del significado de la muerte. Inspirado por lo que dice nuestro versículo de hoy, me planteo que debo afrontar la muerte, cuando llegue, no solo desde la esperanza del “más allá”, sino también desde la realidad existencial del “acá”. En realidad, la síntesis de las palabras del sabio en Eclesiastés es esta: “Puesto que sabes que has de morir, aprende a vivir aquí y ahora”. Por eso he titulado nuestra reflexión: “Vivir corre prisa”, porque, como dice José Luis Martín Descalzo: “La muerte, en lugar de acoquinarme, me acicatea; porque en vez de apocarme, me da unas tremendas ganas de vivir y amar”.

En las páginas de este devocional he contado muchas experiencias que he vivido, visto de cerca, oído, y si debo hacer balance reflexionando sobre mi muerte, exclamo: ¡Qué privilegio, qué don precioso me ha concedido la Providencia en esta vida! ¡Cuántas veces he sido testigo del infinito amor de Dios, cuántas he descubierto y me he deleitado en los planes eternos del Padre celestial para este mundo! ¡Qué gozo haber servido a la iglesia tomado de la mano de mi querido Salvador! ¡Qué inmerecido amor el que he recibido de mi familia, mis amigos y mis hermanos en la fe! Y, reflexionando sobre todo esto y anclado en mi esperanza futura, no, no tengo miedo a la ruptura trágica de la muerte.

Porque hay un Dios en los cielos... agradece al Señor el bendito don de la vida.

## La noche que volvimos a ser gente

*“Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas, a perpetua eternidad”*

(Daniel 12:3).

7

diciembre

José Luis González, escritor puertorriqueño, escribió un cuento titulado *La noche que volvimos a ser gente*, en el que narra las peripecias de un boricua (nombre indígena del nacido en Puerto Rico), para llegar a su residencia en uno de los suburbios de Nueva York el día del gran apagón general del 13 de julio de 1977: bloqueo del metropolitano, parón de los ascensores y de todos los servicios eléctricos, caos en las comunicaciones, etcétera. La situación resultaba aún más grave para el protagonista porque ese día iba a nacer su hijo y quería estar presente. Al fin llegó, pero el bebé ya había nacido; no obstante, junto con otros puertorriqueños, decidieron subir a la azotea de la casa para celebrarlo. Y desde allí vieron con sorpresa un cielo cuajado de estrellas, con una enorme luna llena, muy semejante al de las hermosas noches de su Puerto Rico natal. Entonces volvieron a ser gente, la misma gente que cuando salieron de su isla.

El cuento no solamente es una reivindicación de las raíces y el orgullo de los inmigrantes puertorriqueños, subraya también el ambiente impersonal, insolidario y hostil que existía en Nueva York en aquel tiempo, donde saludar o sonreír a un desconocido se consideraba casi ofensivo. Nueva York, Las Vegas y otras grandes ciudades del mundo, están iluminadas por infinidad de luces eléctricas y rótulos de neón; de noche, deslumbran, resplandecen, pero en realidad, son luces artificiales que están cubriendo el fulgor de las estrellas, impidiendo ver el resplandor del firmamento. ¿Has contemplado en fiestas una exhibición pirotécnica de fuegos artificiales? Las luces eléctricas se apagan, el cielo se viste de brillantes fuegos, filigranas de luz y color, caprichos cromáticos pintados en las nubes y mucho ruido; pero, cuando el espectáculo ha terminado y vuelve el silencio de la noche, ¿qué queda? Nada, solo humo. ¡No! Pasados unos minutos, ese mismo cielo se vuelve a iluminar tenuemente, pero esta vez con el pálido y lejano fulgor de las parpadeantes estrellas que siempre estuvieron allí.

Esta imagen tiene también su aplicación espiritual. El cielo de las estrellas, de los ideales auténticos, está detrás de los fuegos de artificiales y de las luces de neón, pero existe, no es un espejismo ni un sueño, es esa realidad perdurable que seguirá brillando cuando todas las luces de este mundo se apaguen.

Para volver a ser gente, personas que resplandezcan con la luz del firmamento, solo debemos levantar nuestras cabezas y ver brillar las estrellas.

## Como vuestro Padre que está en los cielos

*“Sed, pues, vosotros perfectos,  
como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”*  
(Mateo 5:48).

En el largo proceso de la salvación, ha existido siempre un ideal, una suprema aspiración que ha servido de motor del proceso mismo. Es el ideal de perfección: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”. ¿Qué es la perfección? ¿Es un ideal alcanzable o inalcanzable? ¿Tiene un valor absoluto o relativo? ¿Cuál es el modelo?

Desde los orígenes del cristianismo, la perfección del creyente ha sido objeto de ásperas discusiones que, en algunos casos, dieron lugar a actitudes y palabras contrarias al ideal mismo que se debatía. Las principales conclusiones que se han dado, pueden resumirse en cuatro:

1. *Pesimista.* La perfección es un ideal moral inalcanzable para el hombre, solo Cristo lo consiguió.
2. *Voluntarista.* Constituye el objetivo supremo de la vida cristiana al que todos debemos tender.
3. *Coercitiva.* Es una condición necesariamente imperativa de la salvación.
4. *Vicaria.* La perfección absoluta solo existe en Dios, en el hombre tiene un valor relativo. Pero todos podemos ser perfectos en Cristo y por Cristo. Esta postura corresponde a la tesis bíblica.

La palabra empleada en el Nuevo Testamento para “perfecto”, es el adjetivo *téleios*, que significa “pleno”, “completo”, “que ha alcanzado su desarrollo posible”, “que ha obtenido su objetivo” o “que ha llegado a la madurez”. ¿Qué madurez? La que corresponde a cada individuo involucrado. Esta palabra describe muy bien la conquista de la madurez espiritual fundada en la fe.

Hecha la salvedad de que no son lo mismo la perfección y la santidad divinas, por sorprendente que parezca, solo encontramos un pasaje en la Biblia que presente la perfección como un atributo divino: el versículo de hoy. Los escritores sagrados jamás han querido hablar de la perfección de la Divinidad, como lo hacen de la santidad, para definir la naturaleza de Dios. El término “perfecto” está siempre aplicado a las obras de Dios, a sus caminos, a su Ley, a su omnisciencia. Incluso en esta declaración de Jesús se relaciona la perfección divina con la misericordia que debemos tener con todos los hombres (Mat. 5:46-48).

Así pues, ¿perfectos? Sí, como Dios es perfecto, pero como dice Elena de White: “Así como Dios es perfecto en su esfera, hemos de serlo nosotros en la nuestra” (*Patriarcas y profetas*, p. 558).

Procura en este día alcanzar la perfección cristiana que Dios espera de ti.



## Hoy más que ayer pero menos que mañana

---

“Y el Señor os haga crecer y abundar en amor  
unos para con otros y para con todos,  
como también lo hacemos nosotros para con vosotros”  
(1 Tesalonicenses 3:12).

9

diciembre

El hombre fue creado a la imagen de Dios, sin ningún estigma de mal, mancha o propensión al pecado, fue dotado con la capacidad de desarrollarse y crecer; es decir, Dios creó al hombre perfectible, al contrario de los animales que no pueden cambiar sus instintos atávicos. Dice Elena de White: “ ‘Creó Dios al hombre a su imagen’, con el propósito de que, cuanto más viviera, más plenamente revelara esa imagen, más plenamente reflejara la gloria del Creador. Todas sus facultades eran susceptibles de desarrollo; su capacidad y vigor debían aumentar continuamente” (*La educación*, p. 15).

Después del pecado, el hombre perdió de manera progresiva el reflejo de la perfección divina que tenía cuando salió de las manos del Creador; hoy, aunque todavía guardamos vestigios muy débiles de aquella perfección original, la imagen de Dios se encuentra profundamente alterada, empobrecida y desfigurada por las fatales consecuencias del pecado. Los hombres, por nosotros mismos somos incapaces de alcanzar el ideal divino del Edén: “El ideal que Dios tiene para sus hijos está por encima del alcance del más elevado pensamiento humano. El blanco a alcanzar es la piedad, la semejanza a Dios” (*ibid.*, p. 17). Pero en todo ese proceso de degradación causado por el imperio del mal, no hemos perdido la perfectibilidad. De la misma manera que conservamos la individualidad, la facultad de pensar y hacer, el libre albedrío y, por consiguiente la responsabilidad moral y espiritual, seguimos teniendo la capacidad de progresar y mejorar. Incluso en la eternidad seguiremos creciendo: “Y en el cielo mejoraremos continuamente” (*Mensajes para los jóvenes*, p. 70).

La perfectibilidad es usada por el Espíritu Santo en su obra con nosotros y es el fundamento de todo crecimiento moral y espiritual. Con respecto al amor conyugal, algunos dejan grabado en medallas el aforismo: “Hoy más que ayer pero menos que mañana”, pues bien, lo mismo podemos afirmar del incremento del amor entre los hermanos y la santidad, como expresa Pablo en el versículo de hoy sobre el desarrollo en la fe, el aumento en el conocimiento de Dios, de la progresión en la obra del Señor. Por la misma razón podemos también hablar del crecimiento en la perfección, sabiendo que este es un camino progresivo que culminará en la semejanza con Jesús, cuando él venga (1 Juan 3:2).

No olvides que este camino es arduo; pero, al final, es el más seguro.

## No soy perfecto

.....

*“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús”*  
(Filipenses 3:12).

**P**osiblemente no haya otro escrito de Pablo dirigido a una iglesia en el que el apóstol abra su corazón y revele a los creyentes los secretos de su vida espiritual como en la Epístola a los Filipenses. Se la ha llamado “epístola del amigo” o “epístola del gozo” y es, en efecto, la más íntima y personal, la más pastoral de cuantas escribió a una congregación. En ella, Pablo transmite a sus hermanos las divisas, los retos, las dificultades y los objetivos que guían su experiencia cristiana.

En ese particular fragmento de la epístola (Fil. 3:12-14), Pablo nos dice que articula la búsqueda de la perfección y el crecimiento espiritual en cinco pasos progresivos que corresponde dar al creyente:

1. El *reconocimiento humilde y sincero* de nuestra condición individual: “Ni que ya sea perfecto”.
2. La *polarización de nuestros esfuerzos* e inquietudes en lo más importante: “Una cosa hago”.
3. La *evaluación* del pasado y del futuro: “Olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante”.
4. El valor de la *perseverancia*: “Prosigo a la meta”.
5. La consideración del *premio prometido* al final del camino: “El supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”.

Nadie debe conformarse con su condición espiritual, siempre hay algo más que conseguir. Nadie es superior ni puede erigirse en criterio y modelo de los demás; nuestra imperfección nos hace a todos iguales. Nadie debe fijar su mirada en los hombres para juzgar, criticar o emular, más bien, hemos de recordar: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Heb. 12:2). Todos estamos llamados a mejorar y para ello estamos obligados a hacer permanentemente una introspección de nuestra propia conciencia.

Pero esta no es una concepción pesimista del creyente, como a veces se ha dicho. La imperfección se convierte en nuestras vidas en el motor del progreso y del crecimiento espiritual. De este reconocimiento nace el espíritu de lucha y de superación porque el cristiano es un ser “en marcha”, que se renueva y avanza constantemente porque Dios no tiene “nietos” que vivan de tradiciones y herencias paternas ganadas sin esfuerzo. Dios solo tiene hijos que, con su ayuda, han de labrarse una experiencia personal y administrar su propia fortuna espiritual.

Porque no eres perfecto, ¡avanza!

## Una cosa hago

*“Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas.  
Pero solo una cosa es necesaria, y María ha escogido  
la buena parte, la cual no le será quitada”*  
(Lucas 10:41, 42).

11  
diciembre

El apóstol Pablo, después de confesar su indignidad personal, nos muestra ahora el sentido de su responsabilidad individual en el descubrimiento de lo más importante en el camino de la perfección: “Una cosa hago” (Fil. 3:13). En el trasfondo de sus palabras, están, sin duda, aquellas palabras de Jesús a Marta: “Afanada estás con muchas cosas, pero una cosa es necesaria...”

“Una cosa hago”. Yo, dice el apóstol, debo hacer algo en la consecución de la perfección. Para los defensores de una justificación por la fe sin compromisos ni deberes inherentes, los que postulan una gracia barata, estas palabras pueden resultar una provocación, una contradicción o un error. Pero no es así. En otro pasaje de esta misma epístola, Pablo pone juntas, en íntima relación, la admonición “ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor” y el asentimiento “porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer” y todo ello “para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha” (Fil. 2:12-15). La perfección que Dios quiere obrar en el hombre convertido exige de este su cooperación responsable. Dios no salva al ser humano sin su consentimiento; más bien, el creyente participa activamente con Dios en la salvación.

Cuando se trata de la perfección, no podemos mirar a otro lado como si no nos incumbiera. No se trata de proyectar los problemas sobre los demás; Dios espera mi determinación personal consecuente, mi respuesta, mi adhesión: ¿He descubierto ya lo que imperativamente debo hacer o sigo dispersándome en “las muchas cosas”? ¿Conozco lo que está impidiendo mi crecimiento espiritual? ¿Qué es eso que me corresponde hacer a mí si quiero sumar y no restar en el camino de la perfección? No siempre son grandes decisiones o grandes cambios. A veces son cosas aparentemente insignificantes. Un famoso andariego que se había propuesto cruzar a pie los Estados Unidos, de la costa este a la costa oeste, fue entrevistado por los periodistas cuando se encontraba a la mitad del camino. Uno de los reporteros le preguntó: “Díganos, ¿cuál ha sido la mayor dificultad que ha encontrado hasta aquí en su intento?” El deportista se quedó un momento callado y luego respondió: “La arena que se mete en mis zapatos”.

¿Has tratado de caminar con arena o un guijarro en el calzado? Así ocurre también con las cosas espirituales. Saca la “arena” que hay en tu vida y la calidad de tu experiencia espiritual mejorará.

## Proveer o hipotecar el futuro

---

*“Olvidando ciertamente lo que queda atrás  
y extendiéndome a lo que está delante”*

(Filipenses 3:13).

**F**rank Crane (1861-1928), ministro presbiteriano, locutor, conferenciante, columnista y autor, escribió *El Credo del necio* como una denuncia de quienes idolatran el presente, sin prever el futuro: “Creo en el presente. Creo que los apetitos fueron hechos para ser complacidos y no para ser controlados. Creo en la diversión, pues seré joven solo una vez. Creo que puedo hipotecar el futuro y usar el dinero en el presente. Creo que puedo recoger todas las flores sin interesarme jamás por los frutos. Creo que se deben buscar los primeros puestos. [...]”.

Lo que Pablo dice del presente es justamente todo lo contrario: hoy tengo algo urgente, responsable y consecuente que hacer. El presente es examen, reflexión; pero a la vez, diseño, proyecto, acción y, como sigue diciendo en el versículo de hoy, mirada hacia atrás, olvido de todo lo negativo del pasado y proyección hacia delante, visión y prevención de las posibilidades que me ofrece el futuro.

El apóstol reconoce humildemente que todavía no ha alcanzado la perfección, por consiguiente, el pasado ha sido decepcionante, por eso lo quiere olvidar, no va a permitir que las experiencias frustrantes vividas hasta entonces lo condicionen, amarguen e incapaciten para seguir adelante. En efecto, debemos evitar vivir martirizados, resentidos por lo que hicimos o no hicimos, por lo que otros nos hicieron en el pasado. Las historias tristes, los fracasos, los errores del pasado, lo que queda atrás no debe ser un lastre que arrastremos. Cristo dijo: “Ninguno que, habiendo puesto su mano en el arado, mira hacia atrás es apto para el reino de los cielos” (Luc. 9:62). Somos nuevos hombres y mujeres, con nuevos proyectos, con renovadas fuerzas y mayor confianza.

Pero extenderse a lo que está delante es un acto de esperanza y confianza en el futuro; es vislumbrar positivamente el porvenir, sin temores ni malos presagios. Es ver nuevas providencias abiertas al perfeccionamiento y prolongación de la gracia santificante; es tiempo oportuno, ocasión, coyuntura o circunstancia favorables; es comenzar de nuevo con nueva visión, nueva consagración, nueva comunión con Cristo, nuevo amor y nueva fidelidad, todo ello gracias a la regeneración del Espíritu Santo.

No te detengas hoy en tu meta de seguir a Jesús. Él te acompañará.

## Prosigo a la meta

.....

*“Prosigo a la meta, al premio del supremo  
llamamiento de Dios en Cristo Jesús”  
(Filipenses 3:14).*

13  
diciembre

El clímax de la experiencia que Pablo narra a los filipenses sobre la perfección es la expresión enfática “prosigo a la meta”. Ante la constatación sincera de su imperfección y previniendo del futuro, Pablo podía adoptar cuatro actitudes diferentes:

1. *Abandonar*. Los fracasos del pasado y el reconocimiento de su impotencia no le permiten continuar la lucha, quiere liberarse de la tensión que le provoca la búsqueda de la perfección.
2. *Mostrar inseguridad*. Ante los pequeños avances y largos retrocesos, no se atreve a abandonar pero tampoco avanza. En realidad, la situación es cada vez peor, se está empobreciendo.
3. *Justificar los errores cometidos*. Tratar de buscar culpables y hacerlos responsables de su estado. Sentirse víctima de las circunstancias. Esta actitud, lejos de exonerarlo, lo envilece.
4. *Proseguir*, seguir luchando, perseverar, a pesar de las dificultades y de los fracasos anteriores. Es lo que realmente Pablo hace, con renovados ánimos, le dice al Señor: “Señor, prosigo, cuenta conmigo, ten aún paciencia y ayúdame a mejorar”.

Cuando el apóstol pronuncia estas palabras, se encuentra en Roma privado de libertad. En medio de la aflicción de la prisión, escribe a los filipenses y les cuenta que, una vez más, le ha dicho “Sí” a Dios, que ha renovado su compromiso con él en la conquista de la perfección. ¿Acaso es necesario el sufrimiento para continuar luchando por la perfección? Hay aflicciones que son verdaderas providencias divinas que nos ayudan a mejorar y a depender mucho más de Dios. Como dice Pedro: “Quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado” (1 Ped. 4:1).

¿Qué esperaba Pablo al final de esa carrera en busca de la santidad? Literalmente, el premio del combate; como en los juegos olímpicos, la recompensa a los que son ganadores. Es curioso, ese premio es “el supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” o dicho de otro modo la renovación del llamamiento de Dios, para Pablo es una repetición de aquel encuentro en su camino de Damasco donde escuchó por primera vez el supremo llamamiento del cielo.

Del mismo modo, en nuestra experiencia cristiana hemos de renovar nuestra adhesión a Dios y decirle muchas veces, en muchas circunstancias, “Sí, Señor, prosigo al blanco, cuenta conmigo”. El Señor nos reitera insistentemente su vocación santa, su promesa, la seguridad de la perfección en Cristo.

## Ciro el ungido

*“Así dice Jehová a su ungido, a Ciro, al cual tomé yo por su mano derecha para sujetar naciones delante de él y desatar lomos de reyes; para abrir puertas delante de él, puertas que no se cerrarán”*

(Isaías 45:1).

Siempre me ha extrañado que en el Nuevo Testamento, tanto Pablo como Pedro, nos amonesten a hacer “rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que tienen autoridad” (1 Tim. 2:1, 2); que los consideremos enviados de Dios (1 Ped. 2:13, 14), porque “no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. [...] está al servicio de Dios para tu bien. [...] Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia” (Rom. 13:1-5). ¿Cómo es posible que los dos apóstoles propongan tales cosas cuando, muy probablemente, quien dirigía el Imperio romano en ese tiempo era Nerón, un loco que les llevó al martirio? ¿Son las autoridades y las monarquías de “derecho divino”?

Dios nunca se hace cómplice de los crímenes, guerras fratricidas, uso de armas de destrucción masiva empleadas por algunos gobernantes del mundo. No hay respuesta a mi pregunta a menos que aceptemos la realidad trágica del conflicto que libran en la tierra Cristo y Satanás y la filosofía providencialista de la historia, según la cual Dios da a las autoridades oportunidad de gobernar rectamente, probándoles en ello, controlando sus acciones de gobierno y haciendo que sus decisiones, leyes y resoluciones, reconducidas por su sabia providencia, sirvan al cumplimiento final de sus planes.

Ciro logró poner fin a la supremacía de Babilonia, una nación que había destruido Jerusalén y tomado cautivos a un buen número de hebreos. También, promulgó un decreto para reedificar la casa de Dios en Jerusalén (2 Crón. 36:22, 23), y financió gran parte de ese proyecto. Por si fuera poco, durante el primer año de su reinado autorizó también por decreto la repatriación de un primer contingente de judíos para la reconstrucción del templo (Esd. 1:1-4). Casi doscientos años antes, el profeta Isaías había dicho de Ciro que era el ungido de Jehová, el pastor que cumpliría la voluntad divina, y el agente del cumplimiento de la voluntad divina en Babilonia (45:1; 44:28; 48:14).

Así fue y así son los planes providentes de Dios incluso con aquellos que no son su pueblo.

No olvides que, si tú no lo haces, Dios puede usar a un incrédulo para proclamar su Palabra este día.

## La profecía mesiánica

15  
diciembre

*“Porque un niño nos ha nacido,  
hijo nos ha sido dado, y el principado sobre su hombro.  
Se llamará su nombre ‘Admirable consejero’,  
‘Dios fuerte’, ‘Padre eterno’, ‘Príncipe de paz’ ”*  
(Isaías 9:6).

En cierta ocasión, fui a Gibraltar para hacerme cargo de dos pequeñas iglesias: La Línea de la Concepción y Algeciras (Cádiz, España). Entre las personas que estaban recibiendo estudios bíblicos, había una señora culta y de buena posición. Un día, al presentarle el estudio sobre la profecía bíblica, quedó muy impactada por el cumplimiento de las profecías mesiánicas de Isaías:

–¿Cuándo fueron escritas? –preguntó.

–Setecientos años antes de Cristo –respondí.

–Pero ¿acaso se trata de una interpolación, es decir, una especie de profecía *post eventum*? –cuestionó la señora.

–Imposible, porque en una copia del profeta Isaías, del año 150 a.C. hallada entre los manuscritos del Mar Muerto, ya se encontraban esos textos –fue mi respuesta.

–¿No serán el resultado de una intuición sabia o del acierto casual de Isaías? –interpeló la mujer.

–No, solamente por inspiración divina, pudo el profeta hacer anuncios tan precisos y detallados –le contesté amablemente.

En efecto, la profecía mesiánica, contrastado su cumplimiento por el Nuevo Testamento, es uno de los testimonios más convincentes del origen divino de las Escrituras y de la autenticidad redentora de Jesús. Tanto en los Evangelios como en las predicaciones de los apóstoles del libro de los Hechos, y en las Epístolas, se da fuerza probatoria al mensaje acerca de Jesús con la frase “para que se cumpliese lo que fue dicho por el profeta” (Mat. 2:23). Tanto el nacimiento como la pasión del Hijo de Dios, su obra y el profundo significado teológico y salvífico de su muerte, estaban predichos por los profetas bíblicos.

Isaías, el profeta mesiánico, nos anuncia el nacimiento virginal del Mesías (7:14), sus títulos y nombres (9:6), el espíritu que Dios le otorgaría (11:1, 2), el gozo de su advenimiento (25:9), la obra del precursor (40:3-5), la gloria de su advenimiento (62:11), el carácter espiritual de su obra (61:1-3), el carácter vicario de sus sufrimientos y muerte (53:2-9). El profeta Daniel predijo la fecha de su bautismo y de su muerte (9:24-27), Miqueas el lugar de su nacimiento (5:2), Zacarías su entrada triunfal en Jerusalén y el espectáculo de la cruz (9:9; 12:10), Hageo la entrada en el templo del Deseado de todas las gentes (2:7).

Hoy demos gracias a Dios por la certeza de la palabra profética.

## ¿Quién sabe si para esta hora has llegado al reino?

.....

*“Porque si callas absolutamente en este tiempo,  
respiro y liberación vendrá de alguna otra parte para los judíos;  
mas tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Y quién sabe  
si para esta hora has llegado al reino?”*

(Ester 4: 14)

**D**urante la Edad Media en España, los períodos de depresión económica se caracterizaban por persecuciones y promulgación de leyes antisemitas, así como expulsiones y matanzas en este sector de la población. Y tristemente, desde los tiempos de la reina Ester, esto ha sido una constante en la historia de los judíos quienes, debido a la envidia suscitada por las riquezas que acumulaban, a la usura que se les atribuía y al exclusivismo de su religión, con demasiada frecuencia despertaron el odio de las masas y de los gobernantes.

Aunque el nombre de Dios no aparece explícitamente en el libro de Ester, yo creo que la providencia divina y el cuidado redentor de Dios por su pueblo están manifiestos a lo largo de todo el relato, a menos que demos una importancia predominante en esa historia a la casualidad y a la “suerte”. Ester tenía una belleza singular, tanto física como moral; pero ¿cómo se atrevió Mardoqueo, su tío, a presentarla a la convocatoria de la casa del rey siendo judíos? ¿Quién lo indujo a hacerlo? Y después, ¿por qué el rey Asuero escogió a Ester entre todas las jóvenes más bellas del reino? ¿Qué lo guió en su elección? ¿Acaso no fue también providencial que Mardoqueo se enterase de la conspiración contra el rey y pudiese evitarla quedando constancia de ello en los anales de palacio? Y cuando ya pesaba sobre los judíos un decreto de exterminio, promovido por el perverso Amán, ¿quién movió el corazón de Ester para que se presentase ante el monarca sin ser llamada, con riesgo de su propia vida? ¿Por qué el rey le extendió el cetro de oro y no se molestó por su atrevimiento? ¿Por qué firmó el decreto autorizando a los judíos para que pudieran armarse y defenderse de sus enemigos? Solo hay una respuesta: porque para esa hora Ester había llegado al reino.

Hay demasiadas casualidades y sucesos imprevisibles en la historia de Ester como para no ver a Dios en acción, previendo y dirigiendo los acontecimientos para salvar a su pueblo. De la misma manera, como en los días de Ester y Mardoqueo, la Providencia promoverá decretos protectores y amnistías, suscitará valientes abogados defensores, trastornará los designios criminales de consejos cuando llegue el tiempo de la gran aflicción de la iglesia remanente.

Recuerda hoy que tú también has venido a este mundo con un propósito. ¿Sabes cuál es?



## Un cómputo profético de cumplimiento matemático

---

17  
diciembre

*“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, poner fin al pecado y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, sellar la visión y la profecía y ungir al Santo de los santos”*

(Daniel 9:24).

La profecía de las setenta semanas es una de las más extraordinarias de la Biblia. Nos permite fijar la fecha del bautismo del Mesías y la de su muerte. Así lo reconoció el apóstol Pablo cuando escribió: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo” (Gál. 4:4) y también: “Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos” (Rom. 5:6). El propio Jesús, después de su bautismo en el Jordán, comenzó su ministerio con el anuncio: “El tiempo se ha cumplido” (Mar. 1:15), y judíos que conocían la profecía de las setenta semanas, esperaban la venida del Mesías en aquel tiempo (Juan 1:19; Luc. 3:15).

Esta revelación dada al profeta Daniel fue la respuesta a su oración de intercesión por su pueblo, pues estaba perplejo creyendo que las 2.300 tardes y mañanas de la visión anterior se aplicaban a la duración de la cautividad en Babilonia: “Estaba espantado a causa de la visión, y no la entendía” (Dan. 8:27). Cuando el ángel Gabriel es enviado a Daniel para aclararle el misterio del cómputo profético, le dice: “Entiende, pues, la orden, y entiende la visión” (Dan. 9:23). ¿Qué visión? Un elemento de carácter filológico nos aclara a qué visión se está refiriendo el ángel. El término hebreo empleado para la palabra “visión” aquí y en Daniel 8:27 es *mar’eh*, la visión de las tardes y mañanas (Dan. 8:26), es decir, la única parte de la visión anterior que había quedado sin explicar, el cronograma de los 2.300 días proféticos.

Quedan así establecidos la relación entre el capítulo 8 y el 9 del libro de Daniel como partes de una misma visión y el principio interpretativo de día por año, clave para que sus anuncios proféticos tengan sentido. El foco interpretativo de las setenta semanas se centra en la última, la más importante. Aceptado el comienzo de la profecía en el otoño del 457 a.C., podemos fijar en el otoño del 27 de nuestra era la fecha del bautismo de Jesús, en la primavera del 31 la de su crucifixión y en el otoño del 34 el inicio de la predicación del evangelio a los gentiles o la universalización del pacto divino.

No hay duda, la profecía confirma la providencia divina en la historia y la inspiración del profeta Daniel.

## Venido el cumplimiento del tiempo

---

*“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo,  
Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley”  
(Gálatas 4:4).*

Pablo reconoce en este pasaje de su Epístola a los Gálatas que la encarnación del Hijo de Dios tuvo lugar llegado el cumplimiento del tiempo. El significado de esta expresión que evoca el término “tiempo” nos permite reparar en el valor histórico, incluso cronológico, de la profecía mesiánica. La promesa mesiánica en la Biblia no es un anuncio abstracto que se inscribe en la dimensión de un tiempo indeterminado. La profecía bíblica apunta hacia un futuro que pretende determinar, pero de tal manera que el pueblo de la promesa pueda desarrollar una esperanza permanente y actual. El apóstol usa aquí el término *cronos*, el tiempo mensurable, el tiempo en el que acaecen los hechos de la historia humana y los de la historia de la salvación. Jesús vino cuando en el reloj divino sonó la hora, en el tiempo prefijado por la omnisciencia divina.

El nacimiento de Cristo es un hecho histórico. El texto dice que cuando vino “el cumplimiento del tiempo”, o también el momento culminante, entonces nació el Salvador. Muchos son los autores que han señalado el carácter providencial de la coyuntura histórica en la que apareció Jesús. Este es el testimonio de Elena de White: “La Providencia había dirigido los movimientos de las naciones, así como el flujo y reflujo de impulsos e influencias de origen humano, a tal punto que el mundo estaba maduro para la llegada del Libertador. Las naciones estaban unidas bajo un mismo gobierno. Un idioma se hablaba extensamente y era reconocido por doquiera como la lengua literaria. De todos los países, los judíos dispersos acudían a Jerusalén para asistir a las fiestas anuales, y al volver adonde residían, podían difundir por el mundo las nuevas de la llegada del Mesías. En aquel entonces los sistemas paganos estaban perdiendo su poder sobre la gente. Los hombres se hallaban cansados de ceremonias y fábulas. Deseaban con vehemencia una religión que dejase satisfecho el corazón. Aunque la luz de la verdad parecía haberse apartado de los hombres, había almas que buscaban la luz, llenas de perplejidad y tristeza. Anhelaban conocer al Dios vivo, a fin de tener cierta seguridad de una vida allende la tumba” (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 23, 24).

El mundo estaba listo para recibir al Salvador. La confluencia de circunstancias históricas providenciales, ¿marcará también el momento culminante de su segunda venida en gloria y majestad? Es posible. Lo cierto es que Jesús volverá pronto a este planeta. No lo olvidéis. Regresará cuando venga “el cumplimiento del tiempo”.

## El mismo sentir

.....

19  
diciembre

*“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Mas aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”*  
(Filipenses 2:5-8).

Cuando la lengua española estaba en sus albores, allá por los siglos X y XI, autores anónimos se inspiraron en los relatos de la Navidad o de la Pasión del Señor para crear las primeras formas del teatro. Los actos se representaban en las iglesias por varones que interpretaban tanto los papeles de hombres como de mujeres. La pieza más antigua de la literatura dramática española es precisamente un fragmento del relato de la Navidad titulado *El auto de los Reyes Magos*, encontrado en la sacristía de la catedral de Toledo a finales del siglo XII.

Los relatos de la Natividad tienen un valor asombroso, indiscutible, por la caracterización bien definida de sus personajes, por la plasticidad de sus escenas y por el argumento. Cada personaje actúa interpretando su papel ante el Niño Jesús, el personaje central de la escena. Y todos los protagonistas y todas las escenas están cargados de un profundo significado ético, espiritual y teológico.

Pero ¿cuál es el argumento del auto de la Natividad? Se entiende por argumento el mensaje lanzado por los personajes de la función, la enseñanza didáctica, moral o espiritual que podemos sacar de ella. El apóstol Pablo nos revela que el principal argumento, la lección sublime de la Navidad es la renuncia, el anonadamiento o *kenosis* del Hijo de Dios. Pues bien, como en un gran escenario, cada personaje de las historias de la Navidad va a interpretar su papel, emulando o contradiciendo el renunciamiento ejemplar del Niño Jesús acostadito en el pesebre del establo donde nació.

Pero hay más, la renuncia es la clave del verdadero discipulado con Cristo y los creyentes de todos los tiempos debiéramos contemplar el relato del nacimiento de Jesús con espíritu de humildad y admiración: “Nos asombra el sacrificio realizado por el Salvador al trocar el trono del cielo por el pesebre, y la compañía de los ángeles que lo adoraban por las bestias del establo. La presunción y el orgullo humanos quedan reprendidos en su presencia” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 32). Por eso, el texto litúrgico del apóstol Pablo a los Filipenses comienza con la admonición: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”.

Que este día haya en ti el deseo de servir al cielo.

## Aquí está la sierva del Señor

*“Entonces María dijo: ‘Aquí está la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra’.  
Y el ángel se fue de su presencia”*  
(Lucas 1:38).

La visión inefable y pura de la anunciación del ángel Gabriel a María, el misterio de su virginidad, el carácter sublime de todo el episodio, no nos ha permitido a veces analizar la dimensión humana, las consecuencias que pudo tener para la joven la aceptación de la maternidad de Jesús. La asunción de aquella misión excelsa que le anunció el ángel implicaba una seria dificultad y muchos peligros: María estaba comprometida para casarse con José y, como ella misma dijo, no conocía varón. Aceptó, por consiguiente, el riesgo del descrédito y la vergüenza de un embarazo ilegítimo, el casi seguro repudio de su prometido y, lo que era más grave, el peligro incluso de perder su propia vida, pues las rigurosas leyes de la época castigaban con el apedreamiento los casos de mujeres desposadas que quedaban preñadas de otro hombre (Deut. 22:23, 24).

María conocía cuál sería la causa de su extraño embarazo. Sabía que el hijo de sus entrañas sería concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; pero ¿quién lo creería? Si hoy, a pesar de todos los avances que ha hecho la teología en el dominio de la hipóstasis de la doble naturaleza divino-humana del Hijo de Dios, hay muchos teólogos positivistas que niegan absolutamente la naturaleza sobrenatural de la gestación de Jesús en el seno de María, ¿podemos imaginarnos cómo interpretaron sus vecinos, familiares y autoridades religiosas su misterioso embarazo? Esta joven desempeñó su papel en esa escena emulando el renunciamiento del Hijo de Dios, aceptando humilde y dócilmente el oprobio, las burlas, la incompreensión, el desprecio de todos (incluido José, su futuro esposo) y la soledad de una misión sagrada que solo ella conocía. Sin poner condiciones respondió al ángel: “Aquí está la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra”.

A veces situamos a María en su excelsitud de “llena de gracia y bendita entre todas las mujeres” muy lejos de nuestra propia experiencia, sin percatarnos que también a nosotros se nos pide, en determinadas circunstancias, la aceptación sumisa de deberes y posiciones que nos generan rechazo, críticas, menosprecio, privaciones, falsas acusaciones, marginación, pérdidas materiales e incluso castigos físicos de la gente que nos rodea.

¿Estás dispuesto a aceptar, a pesar de todo, y a responder al Señor y decir, como esta mujer ejemplar, “hágase conmigo conforme a tu palabra”?

## El hijo del carpintero

.....

*“Pensando él en esto, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: ‘José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es’”*

(Mateo 1:20).

21  
diciembre

José y María estaban desposados. Los desposorios eran un compromiso formal, previo al matrimonio en el que, aunque no habitaban juntos todavía, se consideraban tan ligados entre sí que se les llamaba marido y mujer debiendo, para deshacer el desposorio, repudiar con carta de divorcio como si se tratase de cónyuges. Algún tiempo después del desposorio, el marido llevaba solemnemente a la novia a su casa y el matrimonio se consideraba consumado. En el caso de José y María, lo que posiblemente ocurrió fue que después de tres meses de estancia de María en casa de Elisabet, José quiso llevarla a su morada y descubrió entonces aquel sorprendente embarazo.

Su primera actitud fue la perplejidad ante dos deberes contradictorios: por una parte, no podía casarse con María no sabiendo o no creyendo el origen del embarazo; pero, por otra, la pureza, el candor, las explicaciones y las lágrimas de su prometida, no le permitían tampoco exponerla a la ignominia y menos aún al rigor de la ley. Así que decidió separarse de ella secretamente, sin indicar la causa, lo cual implicaba que tendría que llevar con María parte del oprobio. Pero Dios conocía las intenciones de José y tenía otro plan: el ángel revelaría a este buen hombre la realidad de lo que había ocurrido y le pediría que aceptase el plan divino con todas sus consecuencias. Y José, confiando en la justa y sabia Providencia, renunciando a cualquier defensa de su honor como esposo de María, aceptó e “hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer” (Mat. 1:24).

Jesús creció en Nazaret rodeado de amigos y vecinos. Sin embargo, cuando llegó el tiempo de iniciar su ministerio y llevar a cabo milagros y maravillas, así como exponer poderosamente las Escrituras, aquellos que lo habían visto crecer se preguntaban con asombro: “¿No es este el hijo del carpintero?” (Mat. 13:55). José aceptó ser el padre adoptivo de Jesús. No solamente desempeñó este papel en las escenas de la Navidad, sino a lo largo del resto de su vida.

Pero hay un Dios en los cielos... cuando no entendemos la voluntad de Dios y cuando sus peticiones resultan aparentemente incomprensibles. Confía hoy en su Palabra. Recuerda las palabras que Jesús dijo a Pedro: “Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora, pero lo entenderás después” (Juan 13:7).

## No hubo lugar para ellos en el mesón

---

*“Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón”*  
(Lucas 2:7).

Los habitantes de Belén estaban muy atareados. El empadronamiento que Augusto César había decretado era un registro de personas y bienes para facilitar la recaudación de los impuestos. Todos debían hacerlo en su lugar de origen y no en el de residencia, de modo que, en ciertos lugares como Belén, había trasiego y acumulación de gente llegada de otros lugares de Palestina, a los que había que proveer de comida y alojamiento. Eran días de mucho trabajo para los lugareños, pero a la vez de pingües ganancias. José y María llegaron de Nazaret y buscaban un lugar donde alojarse. Ella ya había cumplido nueve meses de embarazo y la posibilidad de que se produjera el alumbramiento les apremiaba. Llamaron a las puertas y suplicaron la hospitalidad de las gentes de Belén, pero puertas y corazones se cerraron con indiferencia y, posiblemente, con egoísmo. El texto dice: “No había lugar para ellos en el mesón”.

El mesón consistía en un gran recinto construido con piedras que tenía un patio en el centro, donde se aposentaba a los animales, y habitaciones alrededor. Pero todo estaba ocupado. Nadie les ofreció ni tan siquiera un pequeño rincón donde meterse. Nadie tuvo compasión de la santa pareja. Y la angustia del matrimonio iba creciendo porque María empezaba ya a sentir las contracciones del parto. Cada paso que daban, cada negativa que recibían, cada gesto de indiferencia, cada dolor de María y cada angustia de José, iban aproximando el nacimiento de Jesús y la salvación del mundo. Finalmente, alguien les ofreció un establo en las cuevas que tenían adosadas los mesones para albergar a los animales durante las noches muy frías. Allí nació el Dios del cielo, Rey de reyes y Señor de señores.

¿A qué se debió el insensible rechazo e indiferencia de los habitantes de Belén? En aquellos días de aglomeración de viajeros, los corazones de estos estaban demasiado ocupados en los cuidados de esta vida, en sus trabajos y ganancias, como para descubrir la urgente emergencia de la pareja. Corazones cargados de materialismo, capaces de rechazar y echar fuera de sus vidas y hogares al Salvador del mundo. ¡Cuántos hoy están animados del mismo espíritu!

Hoy te invito a preparar tu corazón para recibir a Jesús en tu vida. ¡No lo dejes pasar de largo!

## Un bebé mecido entre pajas

*“Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo,  
que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico,  
para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos”*  
(2 Corintios 8:9).

23

diciembre

En estos versículos, el apóstol Pablo subraya el contraste cualitativo que supuso la encarnación: siendo rico, se hizo pobre, para que su pobreza hiciese ricos a los hombres, y todo ello como fruto de su maravillosa gracia.

¿Cuál fue su pobreza voluntariamente aceptada? La que se describe en la escena del nacimiento: Jesús vino al mundo en un establo, un lugar donde nacía el ganado. Fue cubierto con humildes pañales y tuvo por cuna un pesebre. El relato no menciona la presencia de una comadrona, ni de otras gentes que ayudaran en el momento del parto. El Hijo de Dios, en su encarnación, nació como nacen los más pobres.

Pero ¿cuál fue la riqueza voluntariamente renunciada? Es difícil de calificar la gloria de su trono en los cielos, mucho más de cuantificarla, pero aquella gloria también estuvo presente en las escenas de la Navidad. La pobreza del nacimiento que describen los evangelios contrasta enormemente con la gloria del ángel Gabriel en la anunciación, con el resplandor del cielo que rodeó a los pastores en las colinas de Belén, con la magnificencia del coro de ángeles que cantó “gloria a Dios en las alturas”, con la milagrosa estrella que guió a los magos a lo largo de tan dilatado camino y con la intervención incontrovertible del Espíritu Santo, no solo en la gestación del Hijo de María, sino también en todas las providencias divinas que protegieron y libraron su vida de la muerte.

Como la divinidad velada y la humanidad plena estaban unidas en la persona de Jesús, así se manifestaron la riqueza que dejó y la pobreza que encontró. La divinidad y la humanidad se unieron por la eternidad en una hipóstasis que enriqueció al género humano. Juan dice de la encarnación: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14), y Pablo dice de Cristo después de la resurrección: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad” (Col. 2:9).

Aceptar la divinidad de Jesús tiene profundo significado para nuestra experiencia espiritual. Cuando lo hacemos, su sacrificio adquiere una dimensión especial. Y, cada vez que contemplamos su ministerio, escuchamos sus palabras y aceptamos sus promesas, podemos estar seguros de que hay un Dios en los cielos.

24  
diciembre

## ¡Pasemos a Belén!

*“Sucedió que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: ‘Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos ha manifestado’”*  
(Lucas 2:15).

Ahora aparecen los pastores en escena. Este cuarto acto de la Natividad, es el más popular, el más grandioso, el más espectacular: la anunciación del ángel del Señor, el resplandor del cielo que rodeó a los pastores, las buenas nuevas de gran gozo del nacimiento del Salvador; el coro angelical formado por una multitud de las huestes celestiales, el canto: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” Todo ese esplendor de luz y música en el cielo estrellado de aquella noche contrasta con la humildad, pobre y sencilla apariencia de los pastores, la clase ínfima de la población agrícola, siervos de siervos. Pasaban las noches en los campos de las tres colinas que hay a unos 1.500 metros de Belén cuidando a sus ganados con la cabeza cubierta con un turbante negro, una piel de cordero sobre los hombros, los pies descalzos o calzados con miserables sandalias, un cayado de sicómoro en la mano, sentados en alguna piedra alrededor de grandes fuegos, relevándose de vigilia en vigilia.

Pero estas almas sencillas y receptivas, sin prejuicios de clase, sin grandes exigencias intelectuales, sin inquietudes políticas, espontáneos y alegres, quedaron tan impresionados por aquel celestial anuncio que, sin vacilar, sin sospechar el más mínimo engaño, exclamaron con entusiasmo: “¡Pasemos, pues, hasta Belén!” Y, a toda prisa, llegaron al establo donde encontraron a José, María y el Niño y, maravillados, lo adoraron. Luego, cuando regresaban a sus ganados, hicieron notorio a todas las gentes de Belén lo que habían visto y oído, causando la admiración y el asombro de quienes los escuchaban.

Después de María y José, los pastores fueron los primeros testigos del nacimiento del Salvador, los primeros en proclamar al mundo las buenas nuevas, el evangelio de la salvación que habían escuchado en los cielos y presenciado en la tierra. Son los intérpretes, en esa escena de la Navidad, de la actitud alborozada y franca del pueblo llano y sencillo que ayer, hoy y siempre, manifiesta su religiosidad y expresa su fe sin grandes disquisiciones teológicas; representan a todos los que creen y siguen con entusiasmo y gozo la Palabra del Señor.

Hoy necesitamos imitar a esos nobles pastores para contemplar la grandeza de Jesús y darla a conocer a nuestros vecinos.



## Un largo viaje siguiendo una estrella

25  
diciembre

*“Cuando Jesús nació, en Belén de Judea, en días del rey Herodes, llegaron del oriente a Jerusalén unos sabios, preguntando:*

*‘¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?, pues su estrella hemos visto en el oriente y venimos a adorarlo’ ”*  
(Mateo 2:1, 2).

“**L**os magos de Oriente eran filósofos. Pertenecían a una clase numerosa y muy influyente que incluía a hombres de noble alcurnia, y que poseía gran parte de las riquezas y del saber de su nación. Entre ellos había muchos que explotaban la credulidad del pueblo. Otros eran hombres rectos que estudiaban las indicaciones de la Providencia en la naturaleza, quienes eran honrados por su integridad y sabiduría. De este carácter eran los sabios que vinieron a Jesús. [...] Con gozo supieron los magos que su venida se acercaba, y que todo el mundo iba a ser llenado con el conocimiento de la gloria del Señor” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 41).

Elena de White comenta que Dios reveló a los sabios que había llegado la hora de ir en busca del Príncipe recién nacido. Ellos vieron una estrella que no correspondía con ningún planeta o astro conocido que se detuvo en el cielo llamando profundamente su atención y convirtiéndose finalmente en la guía que les fue mostrando el camino a Belén. También, precisa que: “Mientras tenían la estrella por delante como señal exterior, también tenían la evidencia interior del Espíritu Santo, quien estaba impresionando sus corazones y les inspiraba esperanza” (*ibid.*, p. 42).

Después de un largo viaje, los sabios llegaron a su destino y ¿qué encontraron? Aparentemente todo resultó decepcionante: la estrella desapareció cuando entraron a Jerusalén. En la ciudad, no había signos del nacimiento del Rey; en el palacio, encontraron un tirano en lugar del Hijo de Dios; los escribas y doctores de la ley que fueron consultados mostraron indiferencia hacia ellos porque eran extranjeros. Posteriormente, fueron conducidos de nuevo a una humilde casa. ¿Tenían motivos para dudar de aquella revelación y considerar un fracaso su viaje? Sí, por supuesto, pero ningún obstáculo hizo vacilar la fe de aquellos sabios. Entraron en la casa, se postraron, adoraron al niño y abriendo sus tesoros. Ofrecieron oro, incienso y mirra a aquel que habían buscado con amor y hallado con gozo.

Los sabios de Oriente representan a todos aquellos ilustrados, ricos o poderosos de este mundo que vencen con una sólida confianza en Dios los prejuicios nacionalistas o de clase, que saben renunciar a las dudas de la razón y, contra toda supuesta evidencia, manifiestan una fe sencilla, pero firme.

Sigue hoy a Jesús dondequiera que él te indique.

26  
diciembre

## El rechazo de las autoridades religiosas

.....  
"Y, habiendo convocado a todos los principales sacerdotes  
y escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo.  
Ellos le respondieron: 'En Belén de Judea [...]'"  
(Mateo 2:4, 5).

Los principales de los sacerdotes y los escribas consultados por Herodes eran los representantes de la religión oficial, los intérpretes autorizados de la profecía mesiánica y, por supuesto, conocían lo que el profeta Miqueas decía acerca del lugar de nacimiento del Mesías. Pero aquellos guardianes de los santos oráculos y de la ortodoxia no manifestaron simpatía hacia los "intrusos" extranjeros y, con total indiferencia, escucharon los pormenores del viaje de los sabios y el carácter sobrenatural de la conducción de la estrella. Tampoco habían dado crédito al testimonio de los pastores que circulaba por Belén y del que tenían noticia, lo cual consideraron como rumores y habladurías de gentes ávidas de sensacionalismo. No, no mostraron ningún interés en algo tan importante como lo que se decía del nacimiento y la manifestación del Mesías esperado. La obvia pregunta que nos hacemos ante esa actitud es, ¿por qué?

La respuesta es estremecedora: "Si los informes traídos por los pastores y los magos habían de ser aceptados, eso colocaba a los sacerdotes y rabinos en una posición poco envidiable, pues desmentía su pretensión de ser exponentes de la verdad de Dios. Esos sabios maestros no querían rebajarse a recibir instrucciones de aquellos a quienes llamaban paganos. No podía ser, razonaban, que Dios los hubiera pasado por alto para comunicarse con pastores ignorantes y gentiles incircuncisos. Resolvieron demostrar su desprecio por los informes que agitaban al rey Herodes y a toda Jerusalén. Ni aun quisieron ir a Belén para ver si esas cosas eran así. E indujeron al pueblo a considerar el interés en Jesús como una excitación fanática. Así empezaron a rechazar a Cristo los sacerdotes y rabinos. Desde entonces, su orgullo y terquedad fueron en aumento hasta transformarse en odio arraigado contra el Salvador" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 44).

En las escenas del nacimiento, ellos representaron el orgullo, la envidia y los prejuicios de clase que frecuentemente cierran la puerta a la luz. Desempeñaron el papel de aquellos que, también hoy, están más interesados en salvaguardar el "sistema", la religión oficial, que la verdad que les está siendo revelada. Es el paradigma del rechazo de las clases privilegiadas que no quieren renunciar a su prestigio e influencia. Lo triste de este drama es que esa oposición incipiente les llevó hasta el horrendo paroxismo de la cruz.

Este día, pide a Dios la suficiente sensibilidad para escuchar y aceptar los mensajes que tiene para ti, y no rechaces su luz.

## El burlador burlado

.....

*“Herodes entonces, cuando se vio burlado por los sabios, se enojó mucho y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores, conforme al tiempo indicado por los sabios”*

(Mateo 2:16).

27  
diciembre

Los relatos hacen aparecer ahora al siniestro personaje de Herodes, con sus galas y boato reales, quien va a representar la fuerza, el poder, la astucia, la ambición, la crueldad, la perfidia y el engaño. Es el mentís más significativo del Niño Jesús en su humillación, la mayor contradicción del renunciamiento que es la principal evidencia de los relatos de la Natividad. Herodes es el malo del psicodrama, quien finalmente pierde y la sagrada familia salva la vida, por eso es el burlador burlado.

La noticia de la llegada de los sabios y de su extraña historia recorrió toda Jerusalén creando expectación y temor en las gentes. Cuando llegó al palacio de Herodes, este quedó perturbado porque creyó que el Rey de los judíos por el que preguntaban los extranjeros podía ser un rival. Innumerables crímenes habían marcado el camino de su ascensión al trono y, como era idumeo, sabía que era odiado por el pueblo y que este nuevo príncipe, siendo judío, tenía un derecho superior al suyo para ocupar su lugar. Por eso fraguó un ardid para matar al niño. Trató cortésmente a los forasteros, les mostró un falso interés en adorar al infante, les indicó la ciudad adonde debían dirigirse y les pidió que volvieran a verle antes de regresar a su tierra para confirmar la existencia del bebé. Pero los sabios nunca volvieron. Informados por un ángel de los designios criminales de Herodes, regresaron a sus países por otro camino. Herodes se sintió burlado y, enfurecido, decretó la muerte de todos los niños menores de dos años de Belén y alrededores. Flavio Josefo cita el infanticidio sin indicar la causa, dando verosimilitud a esta cruel historia.

En la historia del pueblo de Dios de todos los tiempos, muchos fueron los que pagaron con su vida la perfidia, el odio, la crueldad y el engaño de los poderes públicos. Hubo decretos de exterminio, encarcelaciones, patíbulos y hogueras donde murieron fieles hijos de Dios, pero aquella sangre vertida fue semilla abundante de nuevos conversos. Los burladores fueron finalmente burlados y, en la perspectiva de la eternidad, prevaleció la causa de Dios y la divina providencia.

Pero hay un Dios en los cielos... que protegió a José, María y el Niño Jesús. De la misma manera, no permitirá que sus hijos sean destruidos por los impíos.

## El drama de Navidad no ha terminado

*“Todas estas cosas les acontecieron como ejemplo,  
y están escritas para amonestarnos a nosotros,  
que vivimos en estos tiempos finales”*

(1 Corintios 10:11).

El drama de la Navidad no ha terminado. Aquellas actitudes, aquellas representaciones, aquel argumento, son un ejemplo que se repite hoy con otros escenarios en la vida de millones de personas. No me refiero a las escenificaciones y belenes montados cuando llega el tiempo de adviento, sino a las reacciones, a las búsquedas, a los rechazos y a los compromisos que se siguen produciendo hoy con relación al Niño de Belén. Como entonces, sigue habiendo:

1. “Marías”, humildes, resignadas dispuestas a sufrir el oprobio y a padecer incomprendiones y afrentas por la causa de Cristo. Marías que, como aquella, aceptan la misión que Dios les propone.
2. Individuos de recta conciencia y fiel sumisión, como José, dispuestos a aceptar las revelaciones de Dios permitiendo que sus dudas no sean invencibles, que hacen causa común con el Señor, que creen y guardan en silencio, abnegadamente, los misterios de la encarnación.
3. Personas sencillas, como los pastores que, sin prejuicios, aceptan el anuncio divino, que le honran con gozo, que proclaman con entusiasmo, que lo adoran y sirven con pureza y sencillez de corazón.
4. Hombres educados, como los sabios de Oriente, de fe inquebrantable, seguros de la revelación divina, dispuestos a llegar al final del camino a pesar de los obstáculos; que rinden a Jesús pleitesía, lo adoran y ofrecen generosas ofrendas.

Pero sin duda, en este tiempo también hay:

1. Gentes como los habitantes de Belén, muy ocupadas, absorbidas por los quehaceres e intereses de la vida como para ofrecer a Jesús la atención, el amor y el calor que este solicita.
2. Intelectuales y conocedores como los sacerdotes y escribas, imbuidos de su ciencia, orgullosos de sus privilegios, dispuestos a defender lo que les mantiene en puestos de honor antes que la verdad, incapaces de comprender e interesarse por la fe sencilla de otros.
3. “Herodes” hipócritas, que tratan de hacer lo contrario de lo que dicen, crueles y pérfidos que ostentan el poder únicamente para impedir el advenimiento del Salvador y de su proclamación.

Sí, los relatos de la Navidad se repiten. Es el gran teatro del mundo. ¿Con quién te identificas tú?

## De la Creación a la salvación

---

*“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días  
que traigamos al corazón sabiduría”*  
(Salmo 90:12).

29

diciembre

Llegados a los días finales de este 2015, es bueno hacer una reflexión sobre el significado del tiempo en la Biblia. Así podremos mirar hacia atrás y hacia delante con sabiduría, y diseñar el presente y el futuro. Decía John Ruskin, sociólogo inglés, a sus alumnos que “cada día es como la miniatura de toda la vida, el que sepa hacer de cada día lo que quisiera que llegase a ser toda su vida, será la persona más feliz”.

En el concepto bíblico del tiempo, la Creación es el comienzo temporal de las cosas. Lo que no comenzó con las cosas creadas, es decir, con el tiempo, pertenece al orden de la eternidad, como el Verbo, que ya existía con Dios cuando todas las cosas fueron creadas. Dios había dicho a Adán: “El día que de él comieres, morirás”. Así pues, el pecado iba a dar al tiempo una dimensión dramática, la muerte, que es el proceso inverso a la creación, el regreso a la nada. Con la muerte el tiempo se detiene, la existencia consciente desaparece. Pero el tiempo, en la economía del pecado es, además, envejecimiento, pérdida de vitalidad hasta que llega la muerte. Podemos, pues, decir que el tiempo, a nivel personal, es el tirano que nos lleva de la cuna a la tumba.

El Creador intervino para dar al tiempo una nueva dimensión. Dios convirtió el tiempo, irremediamente malo, en tiempo redentor, en historia de la salvación, en manifestación de su gracia salvadora: “La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a toda la humanidad” (Tito 2:11). Dios mismo se hizo criatura humana, se sometió a la tiranía del tiempo, ¡se hizo mortal para así librarnos del pecado, vencer la muerte y devolvernos la eternidad!

Entre la dimensión dramática del tiempo y su dimensión salvífica, la Biblia habla del tiempo de promesa, tiempo de la espera mesiánica, tiempo de espera y esperanza para Israel y para la iglesia: “Renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, mientras aguardamos la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (vers. 12, 13). Y esa espera conlleva otra dimensión más: el tiempo de preparación, el tiempo de arrepentimiento y conversión, el tiempo de la salvación personal. “Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación” (2 Cor. 6:2). Tiempo de oportunidad irrepitable que debemos tomar seriamente en consideración: “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones como en la provocación” (Heb. 3:15).

Que Dios te ayude hoy a administrar correctamente tu vida.

30  
diciembre

## El tiempo no será más

.....

*“El ángel que vi de pie sobre el mar y sobre la tierra levantó su mano hacia el cielo y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no sería más”*  
(Apocalipsis 10:5, 6).

Hay todavía tres dimensiones importantes del tiempo que nos conciernen particularmente a los cristianos. En primer lugar, el tiempo acotado santo, bendito, de reposo, tiempo de guardar: el sábado, apartado por el Creador para que la humanidad se acercase periódicamente a él, lo adorase y fuera una señal de santificación entre el hombre y Dios. El sábado se ha convertido hoy, debido a la observancia generalizada del domingo, en un signo distintivo de los que siguen respetando su carácter irrenunciable de monumento del acto creador y vínculo santificador del creyente, adquiriendo por ello un valor apologético e identificador incuestionable.

Pero tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se habla del tiempo del fin o tiempo escatológico; es el tiempo del juicio investigador, el tiempo de la consumación de todas las cosas, tiempo de espectaculares señales que concluirá con el regreso a este mundo del Salvador. Para la Iglesia Adventista es tiempo de acción, de proclamación urgente del mensaje. Pablo dijo a la iglesia: “Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño, porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos” (Rom. 13:11). El tiempo que nos queda es corto, las señales del fin están tomando una aceleración vertiginosa y la predicación del evangelio a todo el mundo no se ha consumado todavía. ¿Cuántas campanadas dará aún el reloj de Dios antes de que se pare definitivamente?

En efecto, el ángel del Apocalipsis nos anuncia que el tiempo de la creación ha llegado a su término final, que el paréntesis abierto en la eternidad se ha cerrado, el tiempo de gracia y salvación han concluido, el gran día del Dios Todopoderoso se ha cumplido; es el fin de la historia, de la promesa y de la espera, es el fin de la muerte, es la vida eterna. Los redimidos ya están sobre el mar de vidrio; todo entra, de nuevo, en la dimensión inconmensurable de la eternidad, porque el tiempo medible, el *krónos*, y el tiempo oportunidad, el *kairós*, no será más...

Accepta hoy el plan de Dios para tu vida. Mañana puede ser tarde.

## ¡Déjala todavía este año!

*“Él entonces, respondiendo, le dijo: ‘Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella y la abone. Si da fruto, bien; y si no, la cortarás después’ ”*

(Lucas 13:8, 9).

31  
diciembre

Georges Stéveny y Jean Zurcher fueron dos obreros prominentes de la entonces División Euroafricana, queridos y admirados por mí. Ambos habían dirigido nuestro Seminario Adventista de Collonges (Francia); ambos habían sido secretarios generales de la División; ambos eran teólogos reputados, autores de varios libros, profundamente convencidos del mensaje adventista y defensores comprometidos de nuestra doctrina. Mantuve con estos dos pastores una relación de sincera amistad y reconocimiento. En el verano del año 2000, Georges Stéveny, a quien le acababan de diagnosticar una enfermedad terminal, me decía: “El cese brutal de todas mis actividades me ha llegado como un rayo caído del cielo, completamente inesperado. A decir verdad, es lo que me ha causado mayor mal. Pero ¿qué importa siempre que la comunión con Cristo permanezca intacta? A ello nos aferramos mi esposa y yo, sabiendo que los hijos de Dios, en sus tragedias, no están sin socorro (Isa. 63:9)”. El Señor le prolongó la vida cuatro años más.

En cuanto a Jean Zurcher, en 2001 nos comunicaba: “En lo que a mí concierne, voy a tener que cesar en mis actividades de investigación y como escritor. Dentro de unos días iré al hospital de Lausana (Suiza) para ser operado del hígado. Se trata de extirpar un tumor canceroso. El Señor, en su bondad, hará que todas las cosas concurren en favor de mi restablecimiento. Le estoy pidiendo me conceda la gracia de servirlo todavía por algún tiempo”. Y el Señor le regaló dos años más de vida.

El tiempo de vida de los hijos de Dios lo administra el Señor mismo. A la higuera de la parábola se le dio un año más. Ese año de gracia prolongado fue un tiempo providencial, porque el viñador se comprometió a multiplicar sus esfuerzos para que diese fruto. La parábola nos habla de intercesión, ayuda, apoyo eficaz, nuevos dones y nuevas oportunidades. El mensaje de la parábola es de promesa y misericordia que podemos aplicar al comienzo de un nuevo año.

Ante el inminente 2016, asociemos nuestros planes y proyectos a la gracia y la providencia divinas, y emprendamos el nuevo año con absoluta confianza como hicieron Georges y Jean, mis amigos, cuando supieron que les quedaba poco tiempo.

Pero hay un Dios en los cielos... que conoce la línea del tiempo de nuestra vida. Por eso, vive hoy y mañana para honrarlo con tu vida.